

aquella no tanto por la fuga, sino por las prendas de ropa que llevó consigo, pertenecientes al Hospicio. La desertión del asilado se descubrió hasta el día siguiente porque el escribiente no dió parte de la evasión oportunamente debido al temor de que a él se exigieran las responsabilidades consiguientes, sin perjuicio de cubrir el importe de las prendas de ropa propiedad del susodicho Hospicio y que se llevó puestas el fugitivo, y como dicho escribiente no pudo adquirir en el baratillo las tantas aludidas prendas, tuvo que pagarlas de su raquíico sueldo y como el valor de aquellas no era para desembolzarlo él inmediatamente, muy a su pasar se lo descontaron en partidas hasta completar el precio de ellas.

Sin embargo de haber tenido que pagar las ropas antes citadas, se congratuló de que algún Santo de su devoción, le hizo el milagro para que no lo despidieran de su humilde empleo porque además de carecer de él, lo dejarían sin hogar ya que en el Hospicio vivía y se le ministraban sus alimentos, aparte de gratificaciones o regalitos periódicos que recibía del dueño de la tienda del Puente de Balvanera.

Nosotros seguimos con apacible calma el trascurso de los largos meses que Toribio trabajó en la panadería y de la cual obtendría recur-

sos pecunarios que más tarde podrían servirle para algo, ya que, como recordarán los lectores, no contaba en su bolsillo ni con un real.

A los cinco meses salió del amasijo muy sucio y revolcado de harina nuestro joven o sea Toribio, resuelto a no seguir por más tiempo en ese trabajo tan rudo para él y porque las desveladas continuas y siempre cerca del calor que despedía el horno de la panadería, así como hasta el mismo pan, le habían fastidiado; así es que, sin decir adiós... a los amos ni a los compañeros, se fué para no volver. El se lamentaba mucho, además de los motivos expresados, de que en su encierro lo trataron mal, tal y como tenían costumbre los citados amos con todos los trabajadores de esa panadería.

Como se dijo antes, Toribio se deshizo de las prendas que llevaba consigo el día de su fuga y que pertenecían al Hospicio, tanto porque estaban inservibles como por lo sucio que quedaron en los cinco largos meses de martirio en la ya mencionada panadería.

Al verificar lo anterior, lo hizo en cuánto compró ropa para cambiar su indumentaria y su presentación; pues en una barbería que encontró más inmediata, lo pelaron y de allí se marchó a comprar sus zapatos de gamuza.

Ya una vez medianamente arreglado, se presentó en una tienda del Paríam a solicitar se le diera acomodo en calidad de mozo, pues no obstante que para ese puesto no eran sus aspiraciones, no tuvo más remedio que decidirse a trabajar en ese destino y, como fué aceptado, se puso a las órdenes de un español, que era el propietario de dicha tienda, el cual ya era bastante conocido de todo el centro por ser de genio muy fuerte y regañón.

Toribio, conforme avanzaba el tiempo aumentaba su flojera y desatención; pues en lugar de prosperar iba descendiendo en sus actividades.

En esa tienda pasó las de Caín, al extremo de que algunas ocasiones fué golpeado con la vara de dura madera que servía para medir los géneros, por el amo que, sin miramiento alguno se la aplicó varias veces en las espaldas y de los golpes recibidos, Toribio sufría en silencio y no decía nada porque no perdía la esperanza de robar al español, aún sin embargo de que el cajón de las ventas tenía chapa y no era comparable con la jícara de la frutera que ya conocemos.

Durante las noches, el amo y el dependiente dormían encima del mostrador de la tienda y To-

ribio la hacía en el suelo; éste tenía un sueño muy pesado porque, acostándose, no despertaba sino hasta el día siguiente, quizá se debía al resabio que le quedó de las desveladas sufridas en la panadería; así es que en las altas horas de la noche no podía hacer de las suyas con el cajón de los dineros que tanto codiciaba éstos para que llegaran en esa forma a sus manos y no por medio del trabajo honrado y tan difícil le era robar el producto de las ventas, teniendo sueño de piedra y cerrado con llave dicho cajón, cuánto más que el español y el dependiente aludidos, poseían un sueño tan ligero que no se les escapaba ni el ruido de una rata que discurría por las armazones.

A la frutera no volvió a visitarla Toribio por lo que con ingratitud le pagó los favores recibidos. Por otro lado, también puede ser que no lo hizo por temor de exhibirse por el mercado, lugar en que era muy conocido, inconvenientes ya apuntados y lo pudieran atrapar para que nuevamente pasara internado al Hospicio de donde se había fugado y al cual no deseaba volver por ningún concepto.

Las intenciones perversas de Toribio resultaron fallidas en esta nueva tentativa, porque el español no era de los que se dejaban robar tan

facilmente, pues a pesar de sus años, tenía agallas y por lo consiguiente, siempre alerta de sus caudales.

Como Toribio tenía obsecación al robo y al comprender que no podía cometer sus hurtos en aquella tienda, resolvió separarse y liquidó cuentas con el amo.

Un conocido de Toribio, que lo vió al azar, en la calle, le ofreció, en cuánto supo que carecía de trabajo, el colocarlo como ayudante en una oficina y el ofrecimiento se cumplió al día siguiente, pues empezó a trabajar con el carácter antes dicho en una dependencia de las Casas Consistoriales; (hoy Ex Ayuntamiento de México) cuya oficina estaba en los bajos del referido edificio con entrada por la antigua Callejuela.

En la actualidad, la acera de enfrente al costado del indicado Ex Ayuntamiento o sea la referida Callejuela, desapareció debido a la acertada disposición dado por las Autoridades competentes que aprobaron el interesante proyecto para abrir al tránsito una bonita y espaciosa urbe que por nombre lleva: "Avenida del 20 de Noviembre", a la presente en ambas aceras se han levantado edificios de varios pisos de mo-

derna construcción, (1) ostentando en los bajos de todos estos, importantes casas comerciales donde diariamente acuden numerosísimos transeúntes, (digo peatones como ahora se estila) a admirar sus aparadores llenos de telas de diversos colores, confecciones, calzado y otros artículos cuyos aparadores están protegidos por grandes cristales instalados en las tiendas de toda la mencionada Avenida que desemboca en la Plaza de la Constitución, precisamente al centro del monumental e importante Templo de la "Catedral de México"; edificio que le tocó en suerte a Don Manuel Tolsa terminar haciendo las consiguientes reformas en él, así como al proyecto anterior; dicho señor recibió el nombramiento como Director de las obras de conclusión en mil, setecientos noventa y tres, seis años antes del principio de estas narraciones históricas; a además de las modificaciones emprendidas y complementarias de esa grandiosa obra, orgullo de México, cabe citar aún cuando en forma sucinta ya que este libro no reúne esta especialidad, la siguiente:

(1) Están por terminarse las obras de un grandioso edificio, esquina del 20 de noviembre frente a la Plaza de la Constitución, propiedad del Gobierno del Distrito y destinado a sus Oficinas, es suntuoso y parecido al antiguo del Ex-Ayuntamiento.

El genial Tolsa, con su indiscutible inteligencia y capacidad, ya que, como se dijo en el párrafo anterior, modificó el proyecto primitivo de la fachada principal de dicha Catedral y construyó su esbelta Cúpula central de peraltada linterna agregando las balaustradas colocadas en el coronamiento del indicado edificio y por otra parte, como en la actualidad se admira, el del frontispicio encuadrado con el cubo del reloj y como remate el incomparable grupo de los Tres Virtudes Teologales y cuyas estatuas representan: "La Fé" que se levanta arrogante con su casco, "La Caridad" apoyando a su pecho una criatura y a otra de más edad, protegida con su mano izquierda y, "La Esperanza" que busca un apoyo en el símbolo del áncora; las tres figuras lucen los pliegues de sus ropajes en forma magistralmente. Moles de piedra transformadas por la concepción y el cincel en tan diestra mano, del artífice Tolsa, que al ver la luz primera en Valencia,—España, estaba designado por el destino, para que México disfrutara la herencia que éste dejó con sus obras de arte; así pues, no cabe duda que la Catedral con la nueva Avenida del Veinte de Noviembre, ahora ha ganado mucho, ya que reproduce una bella y atractiva perspectiva, completándola con la

reformada iglesia de San Bernardo (1) reliquia del antiguo y desaparecido Convento de Religiosas de su nombre, la que ostenta una fachada de recamados y cincelados adornos de cantería y reputada hasta por los profanos en el arte, de una verdadera joya arquitectónica de su época y con todo esmero y cuidado fué repuesta la parte afectada con la apertura de la avenida mencionada. (Hoy forma esquina con la indicada Avenida del Veinte de Noviembre y la antigua Calle de San Bernardo.)

En aquella oficina (dependencia de las Casas Consistoriales) siguió Toribio por algún tiempo en su cotidiano trabajo, pero no se le apartaban las pésimas costumbres adquiridas de sus malas compañías y en ese ambiente fué creciendo hasta que, ya separado de la oficina en cuestión, ocupó la plaza de Cabo en el Cuartel de un Regimiento de Dragones.

El sistema que empleó en el mencionado Cuartel, fué de imperativo e injusto para los inferiores o sean los reclutas y soldados de línea y, sumiso con demasiada bajeza para el superior.

(1) La iglesia de San Bernardo se fundó en el año de 1636. Hasta la fecha está destinada al culto católico como antaño.

Con estos antecedentes, al poco tiempo, como era de esperarse, logró ascender a Sargento Primero y se le encomendó el pago de los haberes de su Escuadrón, así como la adquisición de los forrajes que consumían las acémilas y caballos pertenecientes al mismo Regimiento, no obstante que eran labores o atribuciones que correspondían al Teniente Forragista pero suplió temporalmente a éste por causa de enfermedad.

A los dragones que dependían de Toribio, los trataba pésimamente mal y les quitaba (llámese robo) medio real a cada individuo por semana y llegó hasta tracalearle al dueño del Mesón de Forrajes del Puente de la Leña que era quién surtía las pasturas destinadas a los animales pertenecientes al Cuartel.

Se ignora de qué medios se valió tan rápidamente que de la noche a la mañana, como vulgarmente se dice, de Sargentón, con reducido mando, resultara Coronel, aún cuando con ese grado no se le llegó a ver uniformado.

Fácil es explicarse: en aquella época eran muy frecuentes los pronunciamientos y las caídas de los Presidentes; así pues, es de creerse que Toribio se "vendía" y al defeccionar se pa-

saba con todo y gajes al enemigo, recibiendo por ello premios y ascensos.

Las características de Toribio eran desagradables, porque su proceder muy bajo, ruin, adulator y convenenciero, imprimía para todo el interés; en resumen: desconocía por completo la dignidad como ya lo vimos en párrafos anteriores al tratar de sus inclinaciones delictuosas. Con su referida bajeza y demás medios a su alcance, se introdujo con los compañeros de armas y superiores, quienes por no echarse la enemistad de este repugnante sujeto le toleraban cierta consecuencia que él no se merecía.

Así las cosas, resolvió establecerse en México fuera del servicio activo y para ello solicitó de las Autoridades Militares, de quienes dependía, licencia la que le fué concedida.

Aprovechando su licencia, siempre en mala lid, ideó y puso un Obraje para que le sirviera a la vez de negocio como encubridor de una casa de moneda de mala Ley. Ese era el objetivo principal que perseguía y estaba enteramente de conformidad con sus estudiados planes de ladrón.

Todo se le proporcionaba a las mil maravillas, pues encontró y desde luego tomó en arrendamiento una casa amplia, aislada con salidas

y entradas escusadas que correspondían al Pedregal de San Angel, muy convenientes para casos urgentes e imprevistos en que, llegado el momento, se obtuviera una evasión sin ser vistos ni dejar sospecha o rastro de ella.

Esa casa vieja y destruída por el abandono de su dueño, se encontraba a extramuros de la población pintoresca del ya referido San Angel, con sus huertas, flores, sus zanjas regadoras de aguas limpias y cristalinas que bajaban serpenteando de las vertientes de San Jerónimo; la que por estar al último de la serie de construcciones urbanas y cerca del Río de la Magdalena y con aspecto miserable, Toribio escogió dicha casa.

Hizo sus preparativos de cambio al enviar grandes mesas de madera blanca, sillas de tule propias para la costura, armazones de madera que contendrían el paño y géneros indispensables; paquetes de hilo, botones, agujas, cintas y otras cosas; candiles para el alumbrado y menesteres de cocina; muebles para el despacho y para la habitación que ocuparía el encargado. Se procedió desde luego, pero ante-todo, a la mudanza que se hizo en una noche oscura y que fueran bien empaquetados los útiles como los volantes que se emplearían en la fabricación de moneda los que, al llegar, serían introducidos

a la cueva por los mismos interesados en guardar el secreto, ya que ese subterráneo era a propósito para el caso.

Ya instalados en el obraje, se empezó a confeccionar las prendas de los oficiales del ejército que habían mandado hacerlas, ensanchada la industria con una contrata que consiguió para hacer uniformes de munición destinados a la tropa; colocó a un numeroso contingente de costureras las que obligó a que trabajaran todo el día y parte de la noche, pagándoles un mesquino sueldo insuficiente para subsistir medianamente; pues un real y medio era el salario por día asignado para cada una de aquellas mujeres las que dejaban la salud con que entraban para salir algunas de ellas, con los pulmones hechos pedazos, las que pasaban al Hospital para curarse de la tisis. A Toribio no le importaba las miserias humanas; él era número uno en todo y trataba siempre de sacar para sí la mayor ventaja posible.

El negocio, en la forma descrita, le dejaba un gran porcentaje de inmoral utilidad. Tómese en cuenta sus procedimientos. Además, adquiriría a bajo precio los géneros y paños necesarios para la confección de los pedidos que le hacían en grandes cantidades.

El Cortador y encargado del obraje que había llevado Toribio, era un sujeto delgado, chupado, cuerpo de sietemesino y de nombre Nazario Mendoza, (Mendozita) a quién después veremos en otro oficio de tallador muy listo y astuto para las triquiñuelas aplicadas a la baraja compuesta.

Toribio se hacía pasar como Coronel, Empresario y Sastre; lo primero no llegó a confirmarse si tenía efectivamente ese grado y, lo último, no se le vió que alguna vez en el obraje, se pusiera a cortar una prenda de ropa, pero ni unos calzones de manta cosía. En el Hospicio, cuando fué asilado, era distinto, pues medianamente pudo coser y acortar varios pantalones para que sirvieran a otros internos; entonces hacía remiendos mal hechos y fruncidos por lo que el Maestro Sastre le propinaba coscorrones y pellizcos.

El tal Toribio, era un gran tunante de siete zuelas con fachas y actitudes de capatáz.

No se le olvidó de que fué sargento mandón y que en el obraje ejercía su autoridad en perjuicio de las pobres y tímidas costureras a quienes trataba mal usando palabrotas de cochero y sólo para aquellas cuyas facciones atractivas le simpatizaban, era deferente y las enamoraba a

la usanza de un cargador, pero estas trabajadoras aún sin embargo de su humilde condición no se comparaban con las maritornes de baja categoría y que buscaba ese "Don Juan".

Ese era el lado flaco del Coronel y tan acostumbrado estaba ya, que no podía sustraerse a él, por lo que sostenía tres casas, las cuales más adelante se hablará de ellas, ya que disponía de regulares sumas provenientes del vestuario y de la casa de moneda falsa que regenteaba la que, como ya sabemos, instaló en la cueva o subterráneo, teniendo de cómplice a un platero que consiguió, por medio de sus astucias y dinero, sacarlo de la cárcel no obstante que estaba preso por el fraude cometido en la falsificación de Papel Sellado para cuyo trabajo tenía unos troqueles que, como era buen grabador, él mismo los hizo y en todo le fué muy útil a Toribio.

El negocio principal de este truhán consistía en la acuñación fraudulenta, que se llevaba a cabo únicamente durante las noches y para la misma permanencia el platero de nombre Vértulo Valiente, (no hacía honor a su apellido como hombre valiente) quien salía en la madrugada antes de la hora de entrada a las labores de las costureras y aún cuando las puertas de

acceso al interior del obraje podían dominar el lugar reservado para penetrar al escondite, se tomaba toda clase de precauciones por lo que no llegó a saberse de la existencia de esa casa de moneda falsa en San Angel, lugar en dónde no circulaba un sólo peso de fabricación fraudulenta, pues su circulación se verificó en la capital y en algunas poblaciones de importancia del interior.

Virtualmente hablando, el obraje fué guardián inconciente de lo que pasaba en el subterráneo a las horas que las costureras se entregaban en sus respectivas casas al Dios Morfeo o sea al sueño y a pesar de que tantas mujeres entraban y salían en el propio obraje, ninguna de éstas sospechó las maquinaciones del Coronel. Para evitar suspicacias exageradas en la casa en dónde iba a dormir durante el día, el platero se hacía pasar como velador del referido obraje, pero ese ardid fué para despistar sospechas y al día siguiente, después del sueño reparador, reanudar sus faenas nocturnas.

El Coronel era un gastador muy despilfarrador.

Cuanto dinero llegaba a sus manos se esfumaba por exhalación y no es de extrañar porque algunas veces y muy seguido, se vió

en apuros para cubrir sus compromisos, además los contraídos por sus mujeres a las que sostenía con relativo lujo y los ineludibles que eran el pago de las rayas semanarias del obraje.

Todos estos contratiempos, los zanjaba en el Empeño con alhajas que llevaba por el momento de apuro y que pertenecían a su esposa Doña Trinidad, con la que sí estaba casado como Dios manda; también extendía libranzas que le reportaban réditos muy crecidos, impuestos por los agiotistas que sabían aprovecharse de las circunstancias, pues ellos jamás se tientan el corazón para aliviar los apuros ajenos y, por el contrario, son inflexibles para el cobro de sus créditos.

Las otras dos mujeres, verdaderas sabandijas, sacaban todo el dinero que podían hasta dejar sin ningún real al Coronel y por consiguiente era más que difícil que prestaran a aquel cantidad alguna por insignificante que fuera; en cambio, siempre en acecho y exigentes, empleando para satisfacer sus ambiciones, las amenazas, ya que conocían muy bien al Coronel como cobardón y pusilánime.

Realmente y no obstante la astucia del Coronel cayó éste en las garras de dos buitres disfrazados de amantes mujeres, de corazón ne-



gro y pelo en pecho; una de ellas, "La María" ex-amante del portugués Manolete e hija de la lavandera de Isabelita o sea Angela, la del barrio de la Palma, que tenía la lengua rayada como las víboras de cascabel y que por herencia, la hija salió peor que la madre, presentándola de cuerpo entero en la siguiente obra novelesca que por todos conceptos, es muy interesante y su amena lectura será del agrado de los amables lectores, quienes quedarán satisfechos.

La paga de los uniformes de la tropa andaba atrasada porque el Gobierno de aquel entonces disponía de un presupuesto muy exiguo, pero después de hacer un sinnúmero de gestiones, conseguía el Coronel que se los pagaran, pues se aprovechaba de intermediarios que le cobraban muy caras sus influencias; pudo reunir suficiente dinero, producto del vestuario, así como el adelanto que le hicieron a cuenta de otra contrata en la que intervino un sujeto listo de los mismos militares y obtuvo las dos cosas mediante participación como es natural, que le ofreció el Coronel Toribio. Con esos fondos ya aumentados y con los de la pequeña casa de moneda falsa y esquilados éstos en parte por las dos voraces amantes, se propuso

y lo llevó a efecto, abrir una gran casa de juego a todo lujo en el mismo San Angel, que la describiremos con todos sus detalles en el capítulo siguiente y último de la presente narración y en esa nueva casa figura el sastre y tallador Mendozita, que éste sí era realmente sastre y que fué encargado del obraje aquel, el que, con motivo de la apertura de la casa de juego, la cerró con doble objeto; pues se sospechaba ya de la fabricación de monedas falsas. Traspasó el negocio del vestuario a otro militar de más agallas.

Volvamos nuestra atención al Cura Rodrigo y demos rienda suelta para completar, con los antecedentes ya apuntados, los manejos del huérfano Toribio que en párrafos subsecuentes nos ocuparemos al exhibirlo ya transformado en sus actividades, pero siempre en la pendiente tortuosa de su marcado destino.

